BARÓN *(vivamente, estrechando la mano de Rodolfo)*.—Pero, barón Liebert, ¿qué le pasa? ¿Adónde va? Ya le he dicho que nuestro estado de guerra financiero no tiene nada que ver con nuestras simpatías personales. Quédese usted, comeremos juntos y charlaremos aún otras dos horitas. *(Yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.)* Baronesa, cuando quieras hacernos el honor...

ESCENA VI

DICHOS y la BARONESA; luego el CRIADO

BARÓN *(á la baronesa, que entra)*.—Permíteme que te presente á nuestro querido huésped, el barón de Altenberg.

(Rodolfo y la baronesa se saludan.)

BARONESA.—¿Quieren ustedes pasar á la mesa?

BARÓN.—Tenga la bondad de darle el brazo á la baronesa. *(Al criado, que aparece en la puerta de la izquierda.)* Juan, diga usted á la señorita que si sigue indispuesta no se moleste por nosotros.

(Reverencia del criado, que vase por la puerta de la izquierda.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Salón de baile en casa del barón Liebert. El primer término lo forma un gabinete muy lujoso y decorado con plantas. En medio un centro, sobre cuyo respaldo descuellan también plantas. Á la derecha una ventana, con ricas cortinas; á la izquierda una puerta abierta, por la cual se vislumbra un invernadero. En el fondo se abre una puerta, con cortinas, que da al salón de baile, espléndidamente alumbrado.

ESCENA PRIMERA

El BARÓN LIEBERT y la BARONESA. Por la puerta abierta del fondo se ven pasar de tiempo en tiempo SEÑORAS y CABALLEROS en traje de *soirée*.

BARÓN.—Estoy muy contento de que Dinorah haya consentido en tomar parte en la fiesta.

BARONESA.—¡Pobre muchacha!

BARÓN.—¿Cómo acogió tus palabras?

BARONESA.—Si te he de decir la verdad, mejor de lo que yo esperaba. Me pareció conveniente prepararla primero, y le dije: «Ese miserable no te ama, te está haciendo víctima de una farsa indigna.» Pero ella me cortó la palabra, diciéndome:

«No hablemos más de ello, mamá.» Entonces le di la primera carta, aquella en que él explica á tu agente que no podía aceptar los cuarenta mil marcos, porque las cartas de Dinorah las estima en el doble y no las daría menos de ese precio.

BARÓN.—Entonces gritaría, se lamentaría, se mesaría los cabellos, ¿no es eso?

BARONESA.—Te equivocas. Leyó la carta, se puso un poco pálida y no despegó sus labios. Yo no me atreví á interrumpir su silencio. Por último, levantó los ojos hacia mí y me dijo con una tranquilidad pasmosa: «Tengo una ilusión menos. Para el corazón, envejecer es perder ilusiones.»

BARÓN.—¿Y eso fué todo?

BARONESA.—Todo. Iba á darle la segunda carta, ya sabes, aquella que contiene la brutal confirmación del recibo de los ciento veinte mil marcos, pero ella la rechazó, diciendo: «No hace falta, mamá; ya sé que ese desgraciado es un ser vulgar y no quiero volver á acordarme de él.» Diciendo estas palabras se levantó y se dispuso á retirarse á su cuarto. Yo aventuré la pregunta de si se encontraba bastante fuerte para presentarse esta noche á nuestros invitados, y me respondió: «Ya lo creo, si eso te agrada...»

BARÓN.—Ya ves que yo tenía razón al decirte que se trataba sólo de un capricho y no de una pasión profunda. Era una fiebre romántica. La medicina que hemos empleado contra ella era amarga; pero, gracias á Dios, ha producido su efecto.

ESCENA II

DICHOS, el BARÓN ADOLFO DIETRICHS, GUILLERMO (su hijo) y el CABALLERO DE KORTE

DIETRICHS.—¿Así se hacen los honores de la casa? ¿Viniéndose aquí al lugar más escondido para no tener que ver á los invitados?

BARÓN *(tendiendo la mano al que entra, sonriendo)*.—¿Por qué llegan ustedes tan tarde? ¡No vamos á estar hasta la media noche en la meseta de la escalera esperando á los rezagados!

DIETRICHS.—Hay que hacer un verdadero viaje de exploración para darte la mano.

BARÓN.—Está el salón tan lleno y hace allí tanto calor, que nos hemos retirado á esta soledad para respirar un poco de aire fresco. Pero tienes razón: debo volver al salón y cumplir con mis deberes de dueño de la casa. *(A Guillermo y Korte, que entretanto han estado hablando con la baronesa.)* Escuchad, daremos una vuelta por el salón y volveremos á reunirnos. Puesto que estamos todos, hablaremos después de un asunto serio.

GUILLERMO.—¿Qué asunto?

BARÓN.—El del Banco Europeo-Americano.

DIETRICHS.—¡Ah!

BARÓN.—Así se ahorran ustedes el tener que venir mañana á mi despacho.

KORTE.—¡De modo que ésta es la primera *soirée* que da usted esta temporada, y la utiliza como un pretexto para una conferencia de negocios!

BARÓN.—¿Y por qué no? Yo no comprendo la distinción que puede haber entre el negocio y el recreo. Para mí, el negocio es un recreo.

GUILLERMO.—Y para mí, el recreo es un negocio. Es la diferencia que hay entre nosotros.

BARÓN.—Esta y otras muchas, amigo mío. Conque, no os vayáis sin que hayamos hablado un poco.

(Korte ofrece el brazo á la baronesa y la conduce al salón. El barón los sigue.)

ESCENA III

El BARÓN DIETRICHS y GUILLERMO

GUILLERMO.—Mira, papá, mira cómo Korte procura hacerse agradable á la baronesa.

DIETRICHS.—Á la baronesa y á Dinorah.

GUILLERMO.—¡Parece que se hace ilusiones con la muchacha! ¡Que le aproveche!

DIETRICHS.—Querido Guillermo, haces mal en desear á otro buen apetito para un bocado que no te vendría mal á ti.

GUILLERMO.—¡La baronesita Dinorah! No la quiero ni regalada.

DIETRICHS.—¡Sí, porque están verdes!

GUILLERMO.—No, no es por eso. Te aseguro que es que me carga la baronesita.

DIETRICHS.—Naturalmente, porque no te dice nada, porque te muestra la misma frialdad que á todos los demás. ¡Confiésalo, le tienes miedo á Dinorah!

GUILLERMO.—¡Á Dinorah! ¡Ca! Si acaso á su mal genio.

DIETRICHS.—Y sin embargo, Dinorah es un premio al que vale la pena aspirar. No es una muñeca como las demás jóvenes. Tiene sentido, quiere que se preocupen de ella, que se esfuercen por agradarla. Korte va por buen camino, y tú deberías sentir la ambición de humillar á ese rival, de triunfar de esa beldad esquiva.

GUILLERMO.—¡Yo preocuparme por buscar una esposa! Eso es cuenta tuya, papá. Yo está bien que me interese por una amiga.

DIETRICHS.—Eres un libertino incorregible. Dinorah es la heredera más rica de Europa.

GUILLERMO.—¡Está bien, pero yo no soy tampoco un pobrecito!

DIETRICHS.—Naturalmente, y así no tienes para qué preocuparte ni de la mujer ni del dinero. ¡Viva la comodidad! ¿no es eso?

GUILLERMO.—¡Que viva! No hay nada como ella. Pero ¿quién está cantando? *(Acercándose á la*

puerta del fondo.) ¡Pues si es la Fiorini! ¡La divina Fiorini!

DIETRICHS.—¡La Fiorini! ¡Este Liebert es el diablo! ¡Hay que oirla! *(Vase con Guillermo.)*

ESCENA IV

KORTE, DINORAH en lujoso traje de *soirée*, con joyas y flores. Durante toda la escena se oyen las cadencias apagadas del piano.

KORTE.—¿Busca usted la soledad, baronesa?

DINORAH *(dejándose caer en el centro)*.—Sí, pero no la encuentro.

KORTE.—¿Le molesto á usted acaso, baronesa?

DINORAH *(con ironía)*.—Nada de eso, señor de Korte. Temo molestarle á usted más que usted á mí.

KORTE.—¿Cómo puede usted pensar eso? *(Pausa. Korte se sienta en un silloncito delante de ella.)* Baronesa, su *toilette* es encantadora. ¡Un poema!

DINORAH *(con sequedad)*.—Le transmitiré su juicio de usted á mi modista. Así llegará su elogio á su verdadero destino.

(Nueva pausa.)

KORTE.—¿Va usted á tomar parte en el bazar de beneficencia?

DINORAH.—Aún no estoy decidida.

KORTE.—Decídase usted, baronesa; el fin que se persigue merece su apoyo. El importe de la recaudación se destina, como usted sabe, á la adquisición de un altar para la iglesia metropolitana.

DINORAH.—Si es así, no resulta muy exacta la denominación de bazar benéfico. Aunque sin embargo lo es, pero por otra razón.

KORTE.—¿Y por cuál? ¿puede saberse?

DINORAH.—Á los caballeros que no saben de qué hablar con sus vecinas de mesa ó en las *soirées*, el bazar les facilita, durante catorce días por lo menos, un bonito tema de conversación, y ya ve usted si eso no es una verdadera obra de caridad.

KORTE *(aparte)*.—¡Diablo de muchacha!

(Pausa).

DINORAH *(de pronto)*.—Pero diga usted, señor de Korte, ¿usted no tiene una... vamos... una amiga... ó por lo menos no la ha tenido alguna vez?

KORTE *(sorprendido)*.—¿Una amiga? ¿Qué quiere usted decir?

DINORAH.—Sí, una de esas amigas á las cuales los caballeros de buena sociedad acostumbran á hacer la corte entre los bastidores de los teatros ó en otros lugares no menos distinguidos.

KORTE.—¡Baronesa, por Dios!

DINORAH.—Su turbación es una prueba de su virtud. Por lo demás, no crea que le pregunto para arrancarle confidencias. Quería decir otra cosa.

¿No es verdad, señor de Korte, que estas criaturas no exigen que los hombres hagan por ellas derroches de ingenio, ni se preocupen de interesarlas y distraerlas? ¡Son ellas, por el contrario, las que divierten á los hombres! (*Hablando consigo misma.*) ¡Qué criaturas tan envidiables aquellas con las cuales no hay que poner en tortura el cerebro, á cuyo lado se puede callar y oir y reirse! Verdaderamente comprendo y disculpo á los hombres que las prefieren á nosotras.

KORTE (*picado*).—Perdone, baronesa; pero entre las damas del gran mundo hay unas más exigentes que otras.

DINORAH (*riendo*).—No me gustan las frases generales. Sea usted franco y diga claro que soy muy exigente.

KORTE.—No quería decir eso.

DINORAH.—¡Dígalo, está usted en su derecho! Soy exigente y no lo niego. Pero ese es un cumplido que yo hago á los hombres. *Noblesse oblige.* No en vano se les llama los reyes de la creación. (*Pausa. De pronto.*) Quiero contarle á usted una historia. ¿Ha oído usted hablar de la reina de Saba?

KORTE.—Sí, quiero recordar que era una señora bíblica algo extravagante.

DINORAH.—Efectivamente, tuvo la extravagancia de hacer un viaje de muchas leguas para conocer á un hombre que tenía fama de talentudo. ¡Era sin duda una persona muy exigente! Llegó á la corte del sabio Salomón, y éste le asignó para su

servicio, durante su estancia en Jerusalén, á su más astuto cortesano. No sé si no sería lo bastante listo ó si la fama de que venía precedida la reina le cohibía; lo cierto es que no logró quedar á la debida altura. Á las pocas palabras que cambió con la reina, ésta empezó á tomarle el pelo, dirigiéndole epigramas á los que él no sabía qué contestar; se hacía un lío y se veía en tales apuros, que al poco tiempo optó por retirarse y volverse al rey Salomón; y así lo hizo, diciéndole al rey: «Señor, envíame contra el enemigo más terrible, pero no me envíes al lado de esta endiablada mujer.» Salomón entonces nombró á otro de sus cortesanos más hábiles para ese desagradable servicio; pero á éste le fué tan mal como al primero. No acertó á decir sino tonterías en presencia de la reina, fué objeto de irrisión y tuvo que dejar el campo. De esta manera, en un solo día desfilaron ante la descontentadiza reina de Saba diez de los cortesanos de Salomón. El undécimo tuvo una idea salvadora. Se fingió mudo y se limitó á reir todo lo que decía la reina y á dirigirle por toda respuesta una expresiva é intencionada mirada. En vista de eso, echóse á reir la reina, y dijo: «No sé si tienes talento, pero puedo afirmar, al menos, que no eres tonto.»

KORTE.—Tiene mucha gracia. Pero ¿de dónde ha sacado usted esa historia?

DINORAH (*señalando á la frente*).—De aquí. (*Pausa.*) Diga usted, señor de Korte, ¿qué hubiera usted hecho si hubiese sido cortesano de Salomón?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

KORTE.—Yo... hubiera hecho el amor á la reina de Saba.

DINORAH *(con frialdad)*.—Dudo que la reina de Saba se hubiera divertido... Pero voy al invernadero á ver mis plantas. Las plantas son como el undécimo cortesano del rey Salomón. Distraen, aunque no hablen. ¿Y quién sabe si precisamente porque no hablan? *(Vase por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA V

KORTE; en seguida DIETRICHS y GUILLERMO

KORTE *(mirando salir á Dinorah)*.—¡Tiene el demonio en el cuerpo! ¡Verdaderamente, cuando se han de heredar ciento veinte millones se puede uno permitir ese lujo!

(Se oyen aplausos en el salón. Korte da un paso para dirigirse á la puerta.)

DIETRICHS *(entrando con Guillermo)*.—¡Es divina la Fiorini! ¡Qué timbre de voz! ¡Qué extensión! Pero no sabía que cantase en las casas particulares.

KORTE.—Sí, canta, pero en las casas de primer orden.

DIETRICHS.—Ya se comprende. ¿Sabe usted, por casualidad, qué le habrán pagado?

KORTE.—El barón Liebert, según he oído, le paga diez mil marcos por cada velada.

GUILLERMO.—¿Diez mil marcos? Entonces voy á llevarla á mi casa para que me cante.

KORTE.—¡Oh! Diez mil marcos es el precio para las casas donde hay señoras. La tarifa para solteros no la conozco.

GUILLERMO.—¡Es una lástima!

ESCENA VI

DICHOS y el BARÓN LIEBERT

DIETRICHS *(á Liebert)*.—Hay que felicitarte por este número. Canta maravillosamente la Fiorini.

LIEBERT.—¿Os ha gustado?

GUILLERMO.—¡Soberbia!

LIEBERT.—¿Y de mi Murillo no me decís nada?

DIETRICHS.—¿Pero lo has comprado?

LIEBERT.—Naturalmente, en ochenta mil marcos.

DIETRICHS.—Mayer me lo había ofrecido. Pero era demasiado caro.

LIEBERT.—Ya me lo había dicho Mayer, y me admira que hayas dejado escapar esa joya.

DIETRICHS.—¡Joya! ¡joya! Es muy hermoso. Pero ¿quién compra hoy cuadros antiguos? Están

pasados de moda: yo he vendido todos mis cuadros antiguos y he invertido el producto en comprar obras de contemporáneos. Son los que hoy cuestan más caros.

LIEBERT.—Es verdad, pero yo me hago el razonamiento siguiente. Los antiguos maestros gozan ya de su fama hace tres siglos, los nuevos sólo desde hace diez años. Diez años pueden equivocarse, tres siglos es más difícil que se equivoquen; y así, me decido por los tres siglos. Mi cálculo es más sólido que el tuyo.

DIETRICHS.—Algo hay de verdad en eso. Pero mira, en cuanto note que los cuadros modernos bajan de precio, me deshago de ellos y me dedico á comprar cuadros antiguos.

LIEBERT.—¡Excelente! Pero dejemos estas historias de cuadros y vamos á ocuparnos un poco del Banco Europeo-Americano. (*Va á la puerta del fondo y corre la cortina.*) Es tiempo ya de que procedamos enérgicamente contra Altenberg; de lo contrario, nos va á aplastar á todos. Aun prescindiendo de la independencia con que trabaja sin contar con nosotros, que debía ser bastante para que le diéramos en los nudillos, su existencia sólo es un peligro directo para la plaza.

DIETRICHS.—¿Un peligro?

LIEBERT.—¡Indudablemente! Detrás del barón de Altenberg se oculta el capital americano, que sólo aguarda una ocasión para inmiscuirse en nuestras operaciones. Los millones brotan allí con tal

facilidad de las minas de petróloo y de plata y de los criaderos de ganado, que sus dueños los ponen en el tapete sin que se les altere un músculo de la cara. Ahora bien; ¿te sientes con ánimos para luchar con una especulación que no se preocupa de nuestros intereses y cuyo único principio de táctica es realizar atrevidos golpes de mano, poniendo en peligro la vida?

DIETRICHS.—Gracias. Para hacer eso, preferiría irme á Mónaco y jugarme el dinero á la ruleta.

LIEBERT.—¡Muy bien! Pues por eso debemos de acabar cuanto antes con Altenberg y su Banco.

DIETRICHS.—¿Cuánto crees tú que nos podrá costar eso?

LIEBERT.—Él tiene entre manos varios negocios brillantes, y tendremos que hacer algunos sacrificios si queremos estropearle estos negocios. Pero con un fondo de pérdidas de diez millones podríamos lograrlo.

DIETRICHS.—¡Diez millones! ¡Algo carillo es!

LIEBERT.—Pues no hay más remedio. Sacrificando ahora esa cantidad, nos reintegraremos luego con intereses; pero si dejamos que prospere el Banco Europeo-Americano, perderemos muchísimo más.

DIETRICHS.—Tienes razón. ¿Y cómo distribuyes esos diez millones?

LIEBERT.—Yo doy seis millones, vosotros dos tres y Korte uno. ¿Estáis conformes?

TODOS.—Conformes.

LIEBERT.—Y si la operación, por cualquier causa imprevista, nos costase más, yo pondré el resto. Ahora oid mi plan de campaña, que nos promete rápida y segura victoria. Usted, Korte, como director del Banco Nacional, es el que debe romper el fuego, retirando á Altenberg el crédito que tiene en el Banco.

KORTE.—Ya podía usted haberme encargado de un papel más lucido. ¡Piense usted qué odiosa parecerá esa medida que nada justifica y cuántas enemistades y antipatías voy á acarrearme!

LIEBERT.—Eso será unos días, querido amigo; dentro de algunas semanas habremos derribado á Altenberg, y entonces dirán todos: ¡qué vista tiene ese Korte! Cuando todo el mundo creía que las cosas del Banco Europeo-Americano iban tan bien, ya él había olido á podrido.

KORTE.—Está bien; le retiraremos á Altenberg el crédito. ¿Qué más?

LIEBERT.—Ha comprado, como sabéis, en doce millones las minas de carbón de Tiefental, que habían quebrado, en la creencia de que va á construirse el ferrocarril de la costa que pasa por Tiefental. Este ferrocarril ha de seguir otro trazado, y cuando Altenberg lo sepa ya se dará por contento con deshacerse de sus minas á cualquier precio. Sus seis milloncejos se le irán como si fueran un puñado de marcos.

DIETRICHS.—¡Alto ahí! Aquí el plan tiene un punto flaco. Según mis referencias, el gobierno ha

prometido ya unir el ferrocarril costero con Tiefental.

LIEBERT.—Sí, ya lo sé; pero el gobierno tendrá que tragarse su promesa. Y si no pareciera muy bien dispuesto á ello, lo que me sorprendería mucho, todo se reduciría á procurarse mayoría en la Cámara de diputados para que fuese rechazada la proposición del gobierno. De esto me encargo yo. Yo respondo de la ejecución de este punto de nuestro plan de campaña.

DIETRICHS.—¡Ah! Si tú te encargas de ello, es cosa hecha.

LIEBERT.—Pero con el fracaso del asunto Tiefental no está hecho todo. Hay que malograr también el empréstito brasileño.

DIETRICHS.—Ese es el punto más difícil.

KORTE.—No hay que esperar nada de las compras ficticias. Los brasileños están en buenas manos. Hay poco material flotante. Si compramos, tenemos que esconder el bulto, y á la primera demanda que se haga en la Bolsa subirán de un modo loco los valores brasileños.

LIEBERT.—Ya lo sé, joven, y *(irónico)* le felicito á usted por saberlo también. No he pensado un momento en jugar á la baja los brasileños. Se me ocurre una idea algo mejor. Debemos esparcir el rumor de complicaciones internacionales que amenazan al Brasil con una guerra, y no dudéis que bastará esto para que nadie le dé un marco á Altenberg.